

ENSAYO

LA ECONOMÍA EN LA PERSPECTIVA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Fernando Moreno V.*

Para la Iglesia, la economía es un ámbito fundamental de la existencia humana y, a la vez, un instrumento al servicio del hombre. Como tal, ésta debe ser respetada en las exigencias de su lógica propia, sin que ello excluya la necesaria regulación ética (y aun política) de las actividades económicas. En esta perspectiva, sostiene el autor, es erróneo oponer economía de la solidaridad a economía social de mercado, puesto que, siendo la economía la actividad productora de bienes, y habiendo confirmado la experiencia -hasta la evidencia- que esa actividad no prospera sino a través del ejercicio de las libertades que tiene el mercado como su instrumento, ello condiciona sin más la práctica efectiva de la solidaridad, y es lo único que permite superar la invocación meramente demagógica, o ideológica, de esta última.

Por otra parte, se afirma que la economía tiene en el trabajo su "principio". La práctica de la solidaridad y el respeto de la subsidiariedad convergen en permitir el desarrollo humano en el trabajo, al generar el medio adecuado para ello. El empleo es, a su vez, la experiencia inmediata del trabajo concebido antropológicamente (como el hombre que trabaja).

*Doctor en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Lovaina. Profesor de la Universidad Gabriela Mistral. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Miembro del Consejo Asesor del Centro de Estudios Públicos. Autor, entre otros libros, *de Iglesia, Política y Sociedad* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1988) y *De la Fe a la Ideología* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile 1989).

A partir de aquí, entonces, la exigencia (y el derecho) de apropiación privada adquiere su completo sentido.

Con *Cenlesimus annus* -observa el autor- la Iglesia ha pasado en gran medida de la clásica crítica del capitalismo a la denuncia de la "sociedad de consumo" o del simple "consumismo", cuya lógica sólo superficialmente puede ser reducida a la del capitalismo.

A. LOS PRINCIPIOS AXIALES DE LA DOCTRINA ECLESIAL

Parafraseando a Peter Berger, digamos que la Iglesia rechaza la pretensión "de que la eficiencia económica sea el fin último de la vida humana, individual o colectiva, y que todos los demás valores deban (deben) juzgarse en relación a ella".¹

Para la Iglesia, la economía (en su misma complejidad) es a la vez un ámbito de actividad humana y, objetivamente, algo que pertenece al orden de lo instrumental. Pero, instrumento ¿de qué?, ¿o de quién? Simplemente, del hombre y de su específico bien. Es aquí donde reside, además, la importancia y aun la nobleza de la economía.

Ya Aristóteles, en su *Política* (I, 3), había expresado que, a causa de su razón, el hombre puede servirse de las cosas, y aun llegar a poseerlas privativamente. Con su profundo realismo el Estagirita alertó, en cierta forma, a no dejarse tentar por los bienes materiales, al punto de ser instrumentalizado y arrastrado por ellos, inviniendo así la relación normal y la natural destinación de las cosas. Los bienes materiales son para el bien moral del hombre, entendido como vida virtuosa; a tal punto que la cantidad, o la proporcionalización de esos mismos bienes viene dada causativamente por la virtud que aquéllos deben facilitar.

Esta doctrina fue profundizada y como transfigurada por Santo Tomás de Aquino, más tarde, al ser "procesada" o insertada en los principios bíblicos y evangélicos. Muy especialmente -y al margen de la sobrenatural profundización de toda la vida moral- el Aquinate destaca la dignidad del hombre como persona, y su lugar en el universo creado:

*Persona significat id quod est perfectissimum in tota natura*²

¹En *Estudios Públicos*, 40 (primavera 1990), p. 21.

²*Summa theologica*, I, q, 29, a 3. Véase, además, el profundo análisis de Etienne Gilson, en *L'esprit de la philosophie médiévale* (París: Vrin, 1944), Cap. EX y X.

¿Por qué? Por ser, en definitiva, el hombre imagen de Dios (*imago Dei*), de acuerdo a la enseñanza del Génesis (I,26); y porque, como dice hoy Juan Pablo II, como dijo ayer Pío XII, y como había dicho ya el Doctor Angélico, es por ser imagen de Dios por lo que el hombre es una persona³:

*Esse imaginem Dei non est homini accidens sed totius substantiale, sicut esse vestigium nulli accidit creaturae*⁴

Es a partir de aquí, y como la operación sigue al ser -*operare sequitur esse, et modum operandi modum essendi*-, que el hombre es constituido en señor del universo creado visible: "Todo lo has puesto bajo sus pies; las ovejas, los bueyes, todos juntos, aun las bestias salvajes; los pájaros del cielo y los peces del mar..." (Salmo VIII).

Ahora bien, a este dato doctrinal debemos adjuntar un dato empírico, o, si se quiere, sociológico e histórico. Ya en los años cincuenta, Raymond Aron, situándose en un ámbito económico (y, al menos, no directamente político), decía que lo que empírica e históricamente era procedente considerar no era la diversidad o la diferencia entre capitalismo y socialismo como sistemas de organización de la producción, sino el tipo de alguna forma común, de sociedad industrial,⁵ distinguible más bien de las sociedades agrarias, o simplemente poco desarrolladas en orden a la producción de bienes.⁶

Aquí podríamos preguntarnos si no asistimos hoy a una confirmación -al menos inicial- de la percepción de Aron. Y esto, tanto por la reciente tendencia (no digo más que esto...) a una economía de mercado en los "antiguos" países comunistas,⁷ como por la sostenida y ya prolongada ten-

³*Laborem exercens*, N° 6, y Discurso de Pío XII a los Obreros de la FIAT, (1948).

⁴*Summa theologiae*, I, q. 93. a. 4.

⁵*Dix-huit leçons sur la société industrielle* (París: Gallimard, 1962).

⁶Hay así una anticipación de lo que más tarde (comienzo de los años setenta) será expresado como relación Norte-Sur. Por otra parte, el empleo, en *Sollicitudo rei socialis* (N°s 14 y 15) de esta expresión, no nos parece pertinente; y esto, dado el sesgo ideológico en su origen y su misma imprecisión.

⁷Habría que distinguir aquí entre el *principio* de economía de mercado (tan antiguo como el hombre), y los modernos y particulares *modelos* de economía (social, o no) de mercado. Ningún país ha dejado alguna vez de aplicar, en una u otra forma, en uno u otro grado, el principio de la economía de mercado. Ni aún la Unión Soviética en sus tiempos más dogmáticos y totalitarios. David Lane, *The End of Inequality?* (Penguin, 1971).

dencia de los países subdesarrollados (al menos, los no comunistas, de entre éstos) a asumir elementos de economía de mercado, cuando no a adoptar pura y simplemente algunos de sus modelos.

Por otra parte, vemos en la industria, y más allá de ella,⁸ una acelerada tecnificación, casi exageradamente científica y sofisticada; con un correspondiente desarrollo de la organización, o, si se prefiere, de la racionalización de las tareas. Todo esto nos lleva, en cierto sentido, más allá de la industria, pero sobre todo más allá de la *sociedad* industrial.

Ahora bien, tanto esta "superación" como la progresiva generalización a nivel mundial de una economía de mercado implican una multiplicación de los *encuentros*, de los *intercambios* y de las *relaciones* humanas personales e institucionales,^{8a} por encima de los países.^{8b} Opera así una integración *sui generis*, por lo cual muchos de los objetivos (menores, tal vez) de los antiguos proyectos de integración se ven realizados.

Esto significa, indudablemente, una cierta superación del *problema*, o de la oposición entre socialismo y capitalismo, la que desafía a la Iglesia, y a su Magisterio Social, y que podría traducirse en una nueva oportunidad para la Doctrina Social de la Iglesia.

La Iglesia no ha debido empantanarse en una cuestión que aparece ya desde algún tiempo mal planteada, y aun superada. Tampoco se trata para ella de asumir el capitalismo, como para ponerse al día y hacerle justicia a los hechos.⁹ En este sentido, *Centesimus annus* pareciera marcar como un *turning point*, con lo que la encíclica social anterior, *Sollicitudo rei socialis* (1987) podría ser el último documento eclesial en haber abordado las cosas en términos de capitalismo y socialismo. (Allí donde aquel se ha, en gran

⁸Lo que justifica la expresión sociedad postindustrial aún en su imprecisión, si no en su ideología.

^{8a}Juan XXIII habla, a este propósito, de socialización. Véase *Mater et magistra*, N° 59-67.

^{8b}Juan Pablo II se refiere a "la apertura de fronteras y la configuración de un mercado más unido, merced al incremento de los medios de comunicación". *Redemptoris missio*, N° 3.

⁹En este sentido, algunas justas y pertinentes cuestiones planteadas por Michael Novak nos parecen hoy superadas. Véase *The Spirit of Democratic Capitalism* (Nueva York: Schuster, 1982). Véase, además, del mismo Novak, "Las bases evangélicas de una economía social de mercado", *Estudios Públicos*, 15 (1984), pp. 123-147. Hemos criticado a Novak en nuestro libro *Actualidad de Jacques Maritain* (Santiago: Marracci 1987), por su interpretación sobre la "postura" de Maritain en relación al capitalismo (pp. 125-139). Esto no nos impide reconocer la importancia de su aporte en cuestiones referentes al capitalismo, al socialismo y a la Iglesia.

medida, superado a sí mismo, así no sea en la problemática "sociedad de consumo", este último se ha autodestruido.)

Sea lo que fuere, creemos que si el mito rousseauiano de la democracia (que alimentó la experiencia revolucionaria)¹⁰ de hecho demoró el reconocimiento, por parte de la Iglesia, de la verdadera y propia democracia, el mito marxista del capitalismo (servido o alimentado por experiencias indudablemente inhumanas)¹¹ atrasó el reconocimiento por parte de la Iglesia, no del capitalismo mismo,¹² sino del carácter *normal*, y por lo mismo benéfico, de una economía (¿social?) de mercado inserta en el "Proyecto" de bien común de cualquier sociedad sana. En todo caso, *Centesimus annus* reconoce hoy día la economía de mercado de manera análoga a como Pío XII, en los años cuarenta, reconoció la democracia. Lo que estuvo y está en cuestión allí y acá no es que la Iglesia opte por o consagre un *régimen* político, o un *modelo* económico particular. Tanto la democracia en cuanto sistema particular de gobierno, o como forma de gobierno ubicable en una tipología, si se quiere, no es ni podría ser el sistema de la Iglesia,^{12a} cuanto la economía de mercado, como forma particular de organización de la economía, no es ni podría ser el modelo de la Iglesia.^{12b} Lo que la Iglesia ofrece es una "indispensable" "orientación ideal",^{12c} considerando las exigencias humanas y sociales más profundas.

¹⁰Mito en que el contrato social fagocita la "voluntad general" en aras del soberano. Véase *Du contrat social*, I, 6 y 7, y II, 1-3.

¹¹Para Marx el capitalismo es como el pecado del mundo; o como el infierno en la tierra. Véase *El capital*, Libro I, cap. 10, sec. 1. No todo es imputable al capitalismo, sin embargo; ni siquiera la tan vituperada sociedad de consumo. Véase Jan Narveson, "La sociedad y el mercado", *Estudios Públicos*, 39 (1990), pp. 249-273. Como dice este autor, "el capitalismo ha sido muchas veces vituperado por asumir, presuponer, necesitar, o al menos fomentar indebidamente el 'consumismo'" (p. 264).

¹²Lo cual, contrariamente a lo que ocurrió con la democracia (véase nuestro libro *Iglesia, política y sociedad* [Santiago: Edic. Universidad Católica de Chile, 1988]), implicaría una indebida retractación, si no una contradicción.

^{12a}Simplemente, porque la Iglesia no tiene ni necesita de ningún sistema (como tampoco de ideologías) "para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre; en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera, ella encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre, y cuanto atente a la vida". "Discurso de Juan Pablo II en Puebla", III, 2.

^{12b}Véase *Sollicitudo rei socialis*, N° 41.

^{12c}*Centesimus annus*, N° 43.

No obstante, estamos convencidos de que, tal como ocurrió con la democracia, también en el caso de la economía de mercado se ha llegado a romper el "marco" lógico de "lo general y lo particular" (de las tipologías y de los tipos que las componen), para llegar a constituir, objetivamente, pero aun en la conciencia común, la normal y analógica expresión de la humana convivencia orientada a un fin, sea en el plano de lo global y político (bien común), sea en el plano en cierta forma sectorial de la economía, en relación a la producción y distribución de los bienes materiales.

Todo esto no sólo no implica el suponer que no se deban seguir planteando las cosas en términos de exigencias humanas (morales y religiosas) frente a la economía (en ningún caso como exigencia de una "tercera vía", sin embargo),¹³ sino que, al revés, es para seguirlo haciendo, cada vez con mayor profundidad (en verdad y justicia), de una manera *aggiornata*, y, tal vez, más de acuerdo a los signos de los tiempos. Lo que la Iglesia ha venido rechazando cada vez más es el "espíritu dirigista, intervencionista, proteccionista, paternalista y burocrático", que, como bien se ha dicho, excluye en definitiva a los más pobres.^{13bis}

Sea lo que fuere, es a partir de esos *datos*, primero doctrinales y luego empíricos, que podemos precisar algo más nuestro tema, sobre la base de algunos principios fundamentales, referidos al trabajo, a la solidaridad y a la subsidiariedad. Los dos primeros han sido objeto de especial desarrollo en las dos primeras encíclicas sociales del actual Pontificado: *Laborem exercens* (1981) y *Sollicitudo rei socialis* (1987). El tercero de esos principios, que junto con el segundo volveremos a encontrar con mayor detención más adelante, fue enunciado ya por León XIII en *Rerum novarum* (1891), y, sobre todo, por Pío XI en *Quadragesimo anno* (1931).

El paso de la subsidiariedad a la solidaridad, manteniendo en cierta forma la complementariedad de ambos principios, implica una *profundización* ética y una *ampliación* que, traspasando las fronteras nacionales, si podemos expresamos así, alcanza a la humanidad misma. Por otro lado, el paso de la solidaridad al trabajo comporta una profundización antropológica fundamental.

Por lo mismo, de alguna manera, el trabajo, como principio más básico, permite ordenar todo el "resto", y, al mismo tiempo, ubicar la cuestión de la economía (*de facto* y *de iure*), en base a lo universal y a lo perma-

¹³Véase *Sollicitudo rei socialis*, N° 41.

^{13bis} Arturo Fontaine Talavera, "Hernando de Soto: *El otro sendero*", *Estudios Públicos*, 30 (1988), pp. 19-22.

nente. Esto, tanto más si se asume que en nuestra época se ha pasado del "problema de la 'clase'... al problema del 'mundo'",^{13a} ampliando lo que está en juego, por allí mismo, al plano de toda la humanidad y del hombre mismo, porque el "mundo" es el mundo del hombre y para el hombre; y el mundo de los hombres, para los hombres.

Ahora bien, el trabajo es inherente al hombre (*homofaber*); "es una de las características que lo distinguen",¹⁴ por ello lleva en sí un particular signo del hombre y de la humanidad".¹⁵ De ahí que "el trabajo humano sea (es) una clave, y probablemente la llave esencial de toda la cuestión social"-y, explicitemos: de toda la cuestión económica-, "si tratamos de verla efectivamente desde el punto de vista del bien del hombre."¹⁶ Este, en el trabajo, trabajando, llega a ser más, no sólo a tener más.¹⁷

Al mismo tiempo, su causalidad laboriosa y el dominio y el enseñoramiento que ella conlleva participan de la misma causalidad divina. Por allí, el hombre se hace, profundamente, un colaborador de Dios, sin que esto implique, de ninguna manera, hacer del *homofaber* un *homo creator*; *Dei cooperatorem fieri*; *Dei sumus adjutores*.^{17a}

Desde un punto de vista antropológico, por consiguiente, es decir, desde su raíz, toda la economía depende del trabajo como de su principio más propio.¹⁸ De ahí que para la Iglesia el valor del trabajo debe traducirse en reconocimiento, respeto, promoción y dignidad de los hombres que trabajan. De ahí también la permanente exhortación y denuncia por parte de la Iglesia a ese respecto. El valor del trabajo y la dignidad de quien trabaja ¿es algo puro y simplemente adquirido, en los países "desarrollados", al punto de asegurar que el hombre no será evacuado de los procesos productivos indebidamente, reemplazado, suplantado, embotado en sus más nobles facultades;

^{13a}*Laborem exercens*, N° 2.

¹⁴*Laboran exercens*, Preámbulo (subrayado en el original).

¹⁵*Ibídem*, "El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto" (N° 6).

¹⁶*Ibídem* N° 3.

¹⁷*Ibídem* N° 9. El hombre llega ser "ser más" a partir de lo que ya es, y para serlo más plenamente. Véase E. Gilson, *op. cit.*, pp. 149-150.

^{17a} 1ª *Corintios*, III, 9 y, Santo Tomás de Aquino, *Contra gentes*, III, 21.

¹⁸La *razón* es en el hombre el *principio* común más fundamental, y primero. "La posibilidad de la causalidad típicamente humana, la del *homofaber*, está precisamente en el hecho de que el hombre, por ser racional, es capaz de contener en sí, por modo de representación, el ser de los efectos posibles diferentes de sí mismo". E. Gilson, *op. cit.*, p. 89.

en una palabra, denigrado en y hasta cierto punto por el trabajo mismo? ¿No será necesario (más que sólo conveniente) dar aquí un nuevo sentido a la apropiación privativa de los medios de producción, en el surco de la exhortación de Pío XII a multiplicar (no, a suprimir...) la propiedad, y en la línea del "argumento personalista" enunciado por *Laborem exercens* (Nº 5), que recuerda que al hombre de trabajo no le basta con la debida remuneración: él precisa sentirse trabajando en lo propio; en algo que, al menos de alguna manera, le pertenece? Aquí, la argumentación más fundamental, que se refiere a las exigencias de la naturaleza humana misma, se ve reforzada por la experiencia común de la humanidad, la cual, cuando menos, permite afirmar que "de los diferentes tipos de autonomía que componen la libertad que tenemos, cada uno aumentando y haciendo más seguro el conjunto, hemos reconocido hace mucho la importancia de dos: la libertad de asociación y la libertad del derecho a la propiedad privada".^{18a}

Ahora bien, para responder en profundidad, y plenamente al desafío (hasta donde sea posible, desde luego), será preciso "restituir" a Dios mismo sus "propiedades" para decirlo apenas figuradamente. No es que de parte de Dios, El deje de poseer y gobernar lo que El mismo crea y mantiene en el ser; pero de parte del hombre éste ha venido como a disputarle a Dios posesión, dominio y uso. Lo cual constituye *-ex parte hominis-* una usurpación y, literalmente, un *ab-uso*. Lo que está aquí en cuestión es, dicho en otra forma, que el propietario humano asuma plenamente su función *administradora* (y *responsable*, por consiguiente) en relación a los bienes poseídos.

La "restitución" a que aludimos supone, entonces, una profunda rectificación espiritual, y, *por allí*, viene a constituir la *energía* de una redefinición personalista -en el sentido de Santo Tomás,¹⁹ y de Juan Pablo II- de la posesión, del dominio y del uso de los bienes creados o producidos.

Es este un "desafío colectivo" y *común*, en el sentido de que, para ser percibido y asumido como tal (*desafío*), y para responder propiamente a él, es necesario una *communio*, una comunión que, ubicándose en las profundidades del espíritu, desborde las fronteras sociales, económicas, culturales o nacionales.

En esto, los países subdesarrollados, tal vez por ser pobres... (si se lo entiende bien), disponen de "recursos" (humanos) inapreciables. Aun si presentan, por otro lado, dificultades y obstáculos mayores a la posibilidad

^{18a} Michael Oakeshott, "La economía política de la libertad", *Estudios Públicos*, 16 (1984), pp. 123 y 125.

¹⁹ *Summa theologiae*. II-II, qq 65. a 2, 65. a 2, y 66. a.

de "recuperar" la economía a partir del trabajo. Y es que se une, allí, una cierta depreciación cultural del trabajo -y hasta un verdadero desprecio del trabajo manual- a una deficiente (injusta, y a veces escandalosa) distribución de los bienes, en general. Es indudable, a este propósito, que en estos países no se ha superado la costumbre (más que la mera tendencia) de determinar las remuneraciones del trabajo (especialmente material y manual) casi exclusivamente sobre la base del rendimiento del obrero, o a la productividad de la empresa, al margen de cualquier consideración que implique respetar las necesidades más básicas, y asegurar a partir de aquí un ingreso no sólo mínimo vital, de subsistencia, en un sentido puramente físico o animal, sino mínimo en relación a las exigencias de una vida digna (que incluya y al mismo tiempo supere las meras necesidades básicas). Es esta una enseñanza y una exhortación permanente de la Iglesia, ya desde *Rerum novarum* (1891).^{19a}

Sea lo que fuere, lo cierto es que el trabajo, debidamente asumido, personal y socialmente,²⁰ asegura la operación específica y el control de la persona sobre el proceso "productivo" y sobre el "producto" mismo.

Es aquí, creemos, donde viene a plantearse la cuestión de la libertad económica o, mejor dicho, del ejercicio de la libertad en el campo económico. Si es cierto que la libertad *constituye* al sujeto racional, si ella se confunde con la persona (es su esencia),²¹ no puede haber para ella -como no lo hay para la persona misma- "campo vedado", o "sectorialización" posible. Menos aún -al menos a título de condición necesaria- tratándose de un ámbito tan fundamental como es el de la economía. Cualquier regulación que desborde la norma del bien común es aquí equivalente a una grave mutilación. La afirmación y la exigencia antropológica de la libertad se expresan de algún modo *a partir del hombre que trabaja*²²

Las tendencias y las prácticas hoy claramente dominantes en la economía mundial, si es que no reflejan sin más esa afirmación y esa exigencia -y, difícilmente se puede dudar de ello-, engendran un medio adecuado para que ellas se desarrollen.

^{19a}La consideración de las *necesidades* del obrero es fundamental para la determinación del salario justo.

²⁰Por quién trabaja, y por aquellos de quienes depende, directamente ("el patrón" o "superior") o indirectamente (el gobierno; o el "empresario indirecto"). *Laborem exercens*, N°17.

²¹Véase E. Gilson, *op. cit.*, p. 208. Cf. Jacques Maritain, *Principes d'une politique humaniste* (París: Hartmann, 1945) pp. 14-21.

²²En este sentido, pero sólo en este sentido, se puede decir con Jacques Maritain que el *homo faber* precede al *homo sapiens*.

Siendo el hombre social por naturaleza (*naturaliter homo est animale sociale*),²³ el desarrollo del hombre como ser libre, a partir del trabajo supone (y exige) un medio económico adecuado. Ahora bien, este medio se define, precisamente, tanto nacional como internacionalmente, a base de la solidaridad y la subsidiariedad, pero además en relación al empleo y a la participación.

El empleo es como el reverso del trabajo. El hombre sin empleo (al menos, el cesante involuntario), por mucho que reciba una compensación social adecuada, "está herido en su dignidad humana".²⁴ A tal punto el puesto de trabajo es la condición social del ejercicio y de la concreción del trabajo mismo. Se entiende aquí la proposición que Maritain hacía en 1936, en *Humanismo integral*, de otorgar socialmente a cada obrero (especialmente) un título de trabajo, reconociendo por allí un nexo jurídico entre la persona y su empleo, que asegure a aquélla "una forma de actividad en el tiempo".²⁵ Es la lógica de esta exigencia la que principalmente lleva a reconocer y reivindicar el derecho de inmigrar o de emigrar, enunciado por Juan XXIII en el número 25 de *Pacem in terris* (1963).

Ahora bien, el empleo es la vía normal de la "participación", que lleva de la economía a la vida social, a la vida cívica y política,²⁶ y a la cultura. En la Doctrina Social de la Iglesia la exigencia de "participación" está virtualmente presente ya en *Rerum novarum* (1891), desde luego, y, sobre todo, en *Quadragesimo anno* (1931); más explícita y formalmente aún, en *Mater et magistra* (1961), *Populorum progressio* (1967), *Octogésima adveniens* (1971) y *Sollicitudo rei socialis* (1987).

Por otro lado, la Iglesia, también desde León XIII, ha venido afirmando, en relación al Estado -en un ámbito nacional, por consiguiente; pero que hoy ha desbordado las fronteras...-, el principio de subsidiariedad,²⁷ el cual establece el carácter supletivo de la operación del Estado en el campo socio-económico, así como el derecho de los particulares (y de grupos intermedios) a obrar en todo aquello que, salvo el bien común, y sin perjudicar indebi-

²³*Ethicorum*, Libro I, Lec. 9.

²⁴Juan Pablo II en la CEPAL (Santiago de Chile), 3 de abril de 1987, N° 8.

²⁵En Jacques et Raissa Maritain *Oeuvres complètes*, Tomo VI. (París - Fribourg: Ed. Saint Paul - Ed. Universitaires de Fribourg, 1984), pp. 502 y 503.

²⁶Aristóteles, *Política*, Libro I, 1.

²⁷Enunciado ya por Montesquieu, hacia 1703 (*El Espíritu de las leyes*, Libro II, Cap. 2), y cuyo fundamento se encuentra en *De regimine principum* (o *De regno*), de Santo Tomás de Aquino (Libro 5, cap. 15).

damente a nadie, puedan hacer.²⁸ En el mismo sentido, la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, en su número quince, enuncia una notable afirmación del valor subjetivo (del sujeto) inherente a la iniciativa privada de emprender tareas en el campo socioeconómico. El respeto y la promoción (al menos indirecta de este derecho, "importante no sólo para el individuo en particular, sino además para el bien común") son exigidos por Juan Pablo II, especialmente frente a las experiencias totalitarias comunistas, donde se ha ofuscado burocráticamente "*la subjetividad creativa del ciudadano*", en aras de una ideología igualitarista, que ha llevado en los hechos a una "nivelación descendente". Así, "en lugar de la iniciativa creadora, nace la pasividad, la dependencia y la sumisión al aparato burocrático"; "único órgano que (dispone) y (decide) ... de la totalidad de los bienes y medios de producción".

Es indudable que el quiebre del sistema marxista, al implicar la permisión y aún la promoción de la iniciativa privada, deberá, naturalmente, llevar a una generalización en la aplicación del principio de subsidiariedad, y, por ahí, a profundizar la homogenización de la economía a nivel mundial, así como a su relativa unificación.

Pero la Iglesia no se ha quedado allí. En su Magisterio, y con su permanente exhortación, ella ha "superado" y profundizado la subsidiariedad -y aún en cierta forma la misma justicia- en la solidaridad, como ya lo señalábamos. Juan Pablo II, junto con llamar a forjar una "economía de la solidaridad",²⁹ ha sistematizado algunos elementos fundamentales, conformadores de una doctrina de la solidaridad; especialmente (pero no sólo) con la referencia a las relaciones entre países desarrollados y países subdesarrollados. En el surco *fePopulorumprogressio*, *Sollicitudo rei socialis* exhorta a "convertir la interdependencia en *solidaridad*",³⁰ lo cual implica, sobre todo, el primado del amor, de la caridad mejor dicho, por sobre la justicia,³¹ siendo esta última misma *causada*, o al menos animada por aquélla. Es por lo cual, la solidaridad puede³² llevarnos "a ver al otro - *persona, pueblo o nación*-, no como un instrumento cualquiera para explotar... abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un "semejante" nuestro... (Génesis, 2, 18 y 20), para hacerlo partícipe del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios."³³

²⁸Véase *Rerum novarum*, N° 26, *Quadragesimo anno*, N°s 79 y 80, y *Mater et magistra*, N° 52.

²⁹Véase, en general, el Discurso de Juan Pablo II a la CEPAL (ya referido).

³⁰N° 39.

³¹Tema central de *Dives in misericordia* (1980).

³²*Sollicitudo rei socialis*, N° 39.

³³Ibídem N° 39.

De aquí que la solidaridad supone y exige siempre la *ayuda* y el *auxilio* al otro,³⁴ pero va más allá de ellos, para llegar a hacer propios los problemas y necesidades del *prójimo*, en un movimiento, en un "impulso" que va del *reconocimiento* inicial a la *identificación*, lo cual no es posible sino en y por el *amor*, que es "el nexo más unitivo" (Dionisio).³⁵

Para la Iglesia, la solidaridad debe orientarse con predilección a los pobres, a los necesitados, a los pequeños, y cuando la situación así lo requiera,³⁶ a los hombres de trabajo.³⁷ En cualquier caso, se debe aplicar el juicio dramático de Juan Pablo II en la CEPAL: "Los pobres no pueden esperar".³⁸ Es en gran medida por esto mismo por lo que la Iglesia ha llegado a ver hoy^{38a} en la economía (libre) de mercado el complemento, y aun el fundamento material de una economía de la solidaridad.^{38b}

Por otra parte, es un hecho, como advertía ya Pablo VI en *Populorum progressio* (1967), que allí donde se "asienta" la pobreza, o la miseria, se engendran los mesianismos y las ideologías revolucionarias y totalitarias. Allí, los pobres marginados se convierten fácilmente en objetos de manipulación de politiqueros, demagogos o ideólogos, que se sirven de ellos, en vez de servirlos.

Sea lo que fuere, las graves carencias en la práctica actual de la solidaridad en el campo económico³⁹ -nacional, internacional y mundial-, sea por defecto (pobres), sea por exceso (ricos o "satisfechos"), aparecen con tanto mayor agudeza cuanto mayor ha sido el desarrollo de la conciencia moral. Dada la homogenización informativa y la relativa unificación (cultural) operada por los *mass media*, se puede decir que aquellas carencias, o al

³⁴Socialmente inherente a la condición humana.

³⁵Y supera, por lo mismo, la mera *relación*.

³⁶Allí donde lo requiere la degradación social del sujeto del trabajo, la explotación de los obreros y las crecientes frases de miseria, y aun propiamente de hambre", *Laborem exercens*, N° 8. Más recientemente, Juan Pablo II ha exhortado a "hacer una sincera revisión de la propia vida, en el sentido de la solidaridad con los pobres", *Redemptoris missio*, N° 60.

³⁷*Laborem exercens*, N° 8.

³⁸Discurso ya referido, N° 7.

^{38a}Especialmente con *Centesimus annus* (1991). Véase más adelante.

^{38b}Oponer economía de la solidaridad y economía de mercado aparece hoy más que nunca como una actitud reaccionaria, probablemente demagógica; si no ideológica, ciertamente estúpida.

³⁹Sin hacer nuestra la doctrina subyacente, podríamos hablar con Perroux de una economía del don. Véase *Economie et Société. Contrainte - Echange - Don* (París: PUF, 1936), pp. 156-160.

menos su percepción, están ya no sólo en función de ese desarrollo moral, sino que son de alguna forma "a su medida", aun si las urgencias no son siempre apreciadas de la misma manera.

¡Cómo no entender, a partir de aquí, el juicio enunciado por Juan Pablo II, en el surco de Pablo VI, de Juan XXIII y aun de Pío XII: *Opus solidaritatis pax!* ¡Cómo no sentirse solicitados por ese "nuevo modelo de unidad del género humano, en el cual debe inspirarse en última instancia la solidaridad", y que, concernidos por la unidad propia al Dios uno y trino, "los cristianos expresamos con la palabra 'comunidad'"!⁴⁰

B. CENTESIMUS ANNUS Y LA ECONOMÍA

La encíclica de Juan Pablo II, del 1 de mayo de 1991, nos merece las siguientes consideraciones:

1. Se trata de un documento que se sitúa fielmente en la tradición centenaria de la Doctrina Social de la Iglesia. Juan Pablo II no innova en lo fundamental (los principios básicos), aunque su encíclica es novedosa en cuanto aplica los principios permanentes a realidades nuevas.
2. En relación a la anterior encíclica social, *Sollicitudo reí socialis* (1987), *Centesimas annus* representa una clara profundización filosófica-teológica.
3. La perspectiva es específicamente antropológica, y se precisa en la concepción de una sociedad libre centrada en la persona humana, y en la de una economía humanista (y libre), proporcionada a las exigencias de esa sociedad.⁴¹
4. Sin proponer ningún *modelo*, la Iglesia, a través del Papa actual, ofrece, como ya hemos dicho, una "indispensable" "orientación ideal" (Nº 43), considerando las exigencias humanas y sociales (bien común) más profundas.

A partir de aquí, y considerando que "la libertad... es valorizada en pleno solamente por la aceptación de la verdad", Juan Pablo II constata el actual predominio del "ideal democrático, junto con una viva atención y

⁴⁰*Sollicitudo reí socialis*, Nº 39 y 40.

⁴¹Véase, por ejemplo, Gabriel Zanotti, "Persona Humana y Libertad", *Estudios Públicos* Nº 20, 1985, pp. 152-179, y nuestro libro *Libertad y desarrollo* (Lima, Ed. VE, 1990).

preocupación por los derechos humanos" (N⁸ 47). En el mismo sentido, el Papa precisa que, en la sociedad democrática, el respeto del "Estado de derecho" ("en el cual es soberana la ley y no la voluntad arbitraria de los hombres") (N⁸ 44) supone la recíproca limitación de los tres "poderes" (Ejecutivo, Legislativo y Judicial), y su equilibrio. Y declara que "la Iglesia aprecia el sistema de la democracia, en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas, y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica" (N⁸ 46).

Así considerada, la democracia es para "la economía de mercado" (N⁸ 48), o "economía libre" (N⁸ 15), el marco "institucional, jurídico y político" adecuado. "La primera incumbencia del Estado es, pues, la de garantizar esa seguridad", de tal manera que se pueda disfrutar libremente del resultado de su trabajo (N⁸ 48). Y es que "la economía es un sector de la múltiple actividad humana y, en ella, como entre todos los demás campos, es tan válido el derecho a la libertad como el deber de hacer uso responsable del mismo" (N^c 32).

En este marco, y considerando las exigencias de la solidaridad (N⁸ 49), y del trabajo, se integran y proporcionan tanto la indispensable iniciativa personal (garantía de la "subjetividad" de la sociedad), la empresa y la propiedad, como el mercado. En la línea de lo que se había destacado en *Sollicitudo rei socialis*, Juan Pablo II insiste en la importancia de reconocer y respetar el interés personal en la sociedad, puesto que donde éste es suprimido, "queda sustituido por un oneroso y opresivo sistema de control burocrático que esteriliza toda iniciativa y creatividad" (N⁸ 25).

La capacidad de iniciativa y el espíritu emprendedor son -dice el Papa- parte esencial del mismo trabajo humano (N⁸ 32). Por su parte, la empresa, en que fructifica la iniciativa individual, es, más que una "sociedad de capitales", una "sociedad de personas" (N⁸ 43), y aun una comunidad de hombres, en la que el interés necesario y legítimo por la producción y sus beneficios es completado y elevado por las exigencias (y necesidades) que se refieren al bien del hombre, de la familia y de la sociedad misma.

De acuerdo con esto, y recordando especialmente con *Rerum novarum* el valor permanente (pero no absoluto) de la propiedad, así como el derecho a poseer privativamente ("derecho fundamental en toda persona para su autonomía y su desarrollo") (N^Q 30), Juan Pablo II vuelve a afirmar tanto la "ampliación de la libertad humana" que la propiedad privada conlleva en los límites de su recto uso, como lo que, en 1979 (México), designaba como "hipoteca social" de la propiedad, basada en el destino universal de los bienes dados por Dios al hombre y en lo que Santo Tomás de Aquino señaló como

su "uso común". Al mismo tiempo, el Papa, en la línea de su encíclica sobre el trabajo (*Laborem exercens* 1981), liga estrechamente trabajo y propiedad, al punto de ver en aquél la legitimización de esta última (Nº 43). En todo caso, la perfección personal que permite la apropiación privativa de los bienes (incluso de los de producción industrial y agraria) (Nº 43), supone el respeto de su función social, lo cual se contrapone a la concepción libertina del liberalismo clásico, y mucho más aún a la del colectivismo marxista, que hace de la propiedad privada una especie de pecado original.⁴² A este respecto, Juan Pablo II, significativamente, dice que "al poner de manifiesto que la naturaleza del socialismo de su tiempo estaba en la supresión de la propiedad privada, León XIII llegaba de veras al núcleo de la cuestión" (Nº 12).

En cuanto al mercado, la Iglesia, a través del actual Pontífice, reconoce su "positividad" (Nº 43). Parece cierto "de que tanto a nivel de naciones, como de relaciones internacionales, el *libre mercado* sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades", así como para dar "la primacía a la voluntad y a las preferencias de la persona" (cf. Nº 39 y 40). Sin embargo, ni el mercado ni el Estado son el *fin* del hombre (Nº 49). Tampoco el mercado puede satisfacer todas las necesidades del hombre; "hay exigencias humanas importantes que escapan a su lógica; hay bienes que, por su naturaleza, no se pueden ni se deben vender o comprar" (Nº 40). En síntesis, "por encima de la lógica de los intercambios a base de los parámetros y de sus formas justas, existe *algo que es debido al hombre porque es hombre*, en virtud de su eminente dignidad. Este *algo* debido conlleva inseparablemente la posibilidad de sobrevivir y de participar activamente en el bien común de la humanidad" (Nº 34). De ahí entonces la necesidad de someter el mercado (respetando sin embargo su carácter instrumentalmente positivo) a un cierto control público (Nº 19). Lo cual plantea, más ampliamente, la función propia (subsidiaria) del Estado.

En contraste con la concepción liberal clásica, y en el sendero de *Rerum novarum* (1891) y *Quadragesimo anno* (1931), Juan Pablo II recuerda, con su encíclica, que el Estado no puede "cerrar los ojos", o, lo que es equivalente, permanecer puramente contemplativo y, por consiguiente, inactivo (e irresponsable) frente a los graves y múltiples problemas de la sociedad actual, así como en relación a las exigencias humanas y de desarrollo

En este tópico como en otros, la oposición entre el marxismo y la doctrina de la Iglesia es muy superior a la que existe entre esta última y el liberalismo. Juan Pablo II es formal a este respecto, hablando en relación a la propiedad en *Laborem exercens*.

socioeconómico más fundamentales. Esta preocupación y este cuidado no son sino la exigencia de cumplimiento de la normal función del Estado en cuanto rector del bien común, y no implica de ninguna manera un planTEAMIENTO estatista, o el propugnar la indebida intromisión del Estado en la vida social y económica. A este respecto, el Papa recuerda el "principio de subsidiariedad", ya enunciado por León XIII, y, sobre todo, por Pío XI, y que establece que una estructura social de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándolo de sus competencias, sino que más bien debe sostenerlo en caso de necesidad, y ayudarlo a coordinar su acción con la de los demás componentes sociales, con miras al bien común (Nº 48). Acto seguido, el Papa advierte que "al intervenir directamente y quitar responsabilidad a la sociedad, el Estado asistencial provoca la pérdida de energías humanas y el aumento exagerado de los aparatos públicos, dominados por lógicas burocráticas más que por la preocupación de servir a los usuarios, con enorme crecimiento de los gastos" (Nº 48).

En el campo de la economía, más específicamente, la encíclica, enunciando la incumbencia del Estado de "vigilar y encauzar" allí el ejercicio de los "derechos humanos", agrega sin embargo que, "en este campo, la primera responsabilidad no es del Estado, sino de cada persona, y de los diversos grupos y asociaciones en que se articula la sociedad. El Estado no podría asegurar directamente el derecho a un puesto de trabajo de todos los ciudadanos sin estructurar rígidamente toda la vida económica y sofocar la libre iniciativa de los individuos" (Nº 48). Pero, por otra parte, "el Estado puede *ejercer funciones de suplencia* en situaciones excepcionales, cuando sectores sociales o sistemas de empresas, demasiado débiles o en vías de formación, sean inadecuados para su cometido. Tales intervenciones de suplencia, justificadas por razones urgentes que atañen al bien común, en la medida de lo posible deben ser limitadas temporalmente, para no privar establemente de sus competencias a dichos sectores sociales y sistemas de empresas, y para no ampliar excesivamente el ámbito de intervención estatal de manera perjudicial para la libertad, tanto económica como civil" (Nº 48).

A partir de aquí se debe constatar que la proporcionalización de la economía, y del mercado en ella (el sentido de la existencia social humana los supera, como el fin supera al medio), no implica sólo evitar que se conviertan en la norma superior de la vida social, sino además exige que sean respetados en su misma "lógica" instrumental, so pena de alterar el ejercicio de las libertades humanas, núcleo del bien común.

Ahora bien, es esta misma perspectiva positiva sobre la vida social y económica, en su fundamentación teológicamente antropológica, la que no

permite, lógicamente, sino una moderada crítica del capitalismo *contemporáneo desarrollado*. Juan Pablo II, a propósito de la alternativa al fracaso del comunismo, enuncia su juicio con toda la claridad requerida: "Si por 'capitalismo' se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía", es ese efectivamente el sistema que "es necesario proponer", tanto a los países que se liberan de la tiranía comunista como a los del "Tercer Mundo" (Nº 42). Si, en cambio, "por 'capitalismo' se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral, y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso", entonces no sería ese el sistema que conviene ni a unos ni a otros países (Nº 42),⁴³

En este último sentido, aunque sin poner por ello como alternativa "el sistema socialista", "se puede hablar justamente de lucha contra un sistema económico entendido como método, que asegura el predominio absoluto del capital, la presión de los medios de producción y la tierra respecto a la libre subjetividad del trabajo del hombre" (Nº 35). Y es que entonces se habrá absolutizado la economía (y es también lo que hace el marxismo), y el "centro de la vida social", así como su "único valor", habrán pasado a ser "la producción y el consumo de las mercancías" (Nº 39).

Sin embargo, el primer término de la descripción pontificia referente al capitalismo, el primer tipo de capitalismo descrito en la encíclica, parece simplemente corresponder a *una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación*, tal como la Iglesia la propicia (Nº 35).

En cualquier caso, este es un discurso hecho como para demistificar la ideología que subyace en la crítica más que centenaria que los marxistas (desde Marx mismo) han venido haciendo del capitalismo. Es, por lo demás, el mismo Pontífice quien se encarga de precisar su juicio al respecto: "El marxismo ha criticado las sociedades burguesas y capitalistas, reprochándoles la mercantilización y la alienación de la existencia humana. Ciertamente -dice Juan Pablo II-, este reproche está basado sobre una concepción equivocada e inadecuada de la alienación, según la cual ésta depende únicamente de la esfera de las relaciones de producción y propiedad, esto es, atribuyéndole un fundamento materialista y negando, además, la legitimidad

⁴³ Este es, sin duda, el juicio más franco y valiente de todo el Magisterio Universal a propósito del capitalismo.

y la positividad de las relaciones de mercado incluso en su propio ámbito" (Nº 41).

Y no es que el Papa se prive de denunciar la alienación (bien entendida) que "fructifica" hoy en las sociedades consideradas más bien como de "consumo" o "consumísticas". La denuncia, a este respecto, ha sido constante en el pontificado actual. Y esto, porque, como declara *Centesimus annus*, muchas sociedades actuales, y de las más importantes, presentan "formas de organización social, de producción y consumo" que dificultan la realización de la donación libre del hombre a Dios y a los otros, en la cual, a partir de su trascendencia personal, "el hombre se realiza auténticamente a sí mismo", es decir, llega a *ser más*, no sólo a tener más (Nº 41). Dicho de manera equivalente, "la alienación se verifica en el consumo, cuando el hombre se ve implicado en una red de satisfacciones falsas y superficiales, en vez de ser ayudado a experimentar su personalidad auténtica y concreta" (Nº 41).

Por otro lado, en el régimen totalitario, "durante mucho tiempo las relaciones económicas más elementales han sido distorsionadas, y han sido zaheridas virtudes relacionadas con el sector de la economía, como la veracidad, la fiabilidad, la laboriosidad" (Nº 27).

Es este régimen el que se ha derrumbado espectacular y rotundamente; es el "sistema comunista" el que ha fracasado (Nº 42); es a la "caída del totalitarismo comunista" (Nº 47) a lo que hemos asistido en nuestros días. Es un sistema construido sobre la mentira, la opresión y el crimen, el que "explota" en 1989. Y es este un fracaso en toda la línea: de la ideología y del régimen político; de la cultura y de la economía; de lo profundo y lo superficial.

Finalmente, señalemos que es en su preocupación central por el hombre, única criatura querida por sí mismo en el universo visible (Nº 53), donde se afina la permanente predilección de la Iglesia por los más pobres; "opción" que fue también la de León XIII al preocuparse por los obreros de su tiempo. Pero la "opción" de la Iglesia "no vale solamente para la pobreza material, pues es sabido que, especialmente en la sociedad moderna, se hallan muchas formas de pobreza, no sólo económica, sino también cultural y religiosa" (Nº 57).

En todo esto, subyace el hombre, "camino de la Iglesia" (Nº 53), y "única finalidad" de su preocupación indisolublemente doctrinal y pastoral. □